



**ASUNCIÓN ESCRIBANO HERNÁNDEZ**

Catedrática de Lengua y Literatura española  
Decana de la Facultad de Comunicación de la UPSA

## SUPLEMENTO

# LA MISERICORDIA, EL GESTO MÁS HUMANO DE LA REALIDAD

Ponencia pronunciada en el Encuentro diocesano de Laicos celebrado el 14 de mayo en la Casa de la Iglesia en el marco de Asamblea: 'Tiempo de construir'.

**E**n primer lugar quiero agradecer a los organizadores de este encuentro por haber pensado que yo tengo algo que decir en él y por permitirme compartir con todos ustedes mi experiencia, o mi mirada personal, sobre la **Misericordia**. Yo no soy teóloga y, por tanto, mi aportación hoy aquí surge de mi vivencia como creyente y de mi ejercicio profesional como filóloga y como comunicadora. Por eso parto en mi reflexión de la relevancia que tiene la palabra como fundamento de nuestra vida. Espero en estos minutos aportarles algo que les ayude en su vida como creyentes.

Cada día soy más consciente de la importancia que tiene el hecho de nombrar la realidad que nos rodea y, sobre todo, de cómo lo hacemos. Nombrar es un acto sagrado, y así aparece desde las primeras páginas del Génesis: como una delegación de Dios en el hombre. Dice el Génesis que:

el Señor Dios modeló de la tierra todas las bestias del campo y todos los pájaros del cielo, y se los presentó a Adón, para ver qué nombre les ponía. Y cada ser vivo llevaría el nombre que Adón le pusiera<sup>1</sup>.

Pocos actos tan importantemente simbólicos, por ejemplo, como dar nombre a un hijo: en él se depositan todos los deseos, ya se tra-

te de parecerse a los ancestros, de convocar a un santo con virtudes determinadas, de augurar un buen nacimiento o un feliz destino, etc. Nombrar, por lo tanto, nos implica vitalmente en lo nombrado, y eso lo sabemos bien los periodistas, aunque lo apliquemos con conciencia tan poco frecuentemente, y lo conocen desde antiguo los escritores, creadores mediante las palabras de realidades y universos paralelos al real.

De ahí que de la relevancia de elegir los términos adecuados con los que construimos cotidianamente nuestra vida derive, para mí, la importancia y el acierto de dedicar un año a esa palabra hermosa; una de las más hermosas de nuestro idioma, **Misericordia**, que contiene dentro de sí la semilla de toda vida verdaderamente humana. Y lo que, por mi profesión, aún me parece más relevante: se trata de una palabra que en los últimos tiempos había sido casi desterrada de nuestra lengua de la mano de los profundos cambios sociológicos tan virulentos con respecto a todo lo religioso y, en concreto, lo cristiano.

Permitanme, en este sentido, un pequeño paréntesis. En el mundo de la comunicación existe un término que, en las últimas décadas, ha adquirido especial importancia, por las críticas que ha recibido el hábito que supone, así como por lo que de responsabilidad en su excesivo empleo tenemos los propios periodistas. Se trata del **eufemismo**. Un **eufemismo** es la sustitución de una palabra o expresión por otra que suene mejor, evitando así la potencial carga negativa que tiene inicialmente el vocablo. Es el caso, por ejemplo, de llamar "daños colaterales" en un bombardeo a las víctimas inocentes, justificando así lingüísticamente lo que no tiene justificación alguna. Ese modo de neutralizar mediante la lengua un hecho es, en definitiva, un enmascaramiento de aquellos actos de la realidad de los que nos avergonzamos, o en los que no queremos admitir nuestra responsabilidad. Lejos de limitarse a un campo todos sabemos que los **eufemismos** se utilizan para revestir informaciones militares, políticas, sociales y de otro tipo. De ahí que los comunicadores debamos resistirnos a ocultar mediante su uso la cara verdadera de la información.

Sin embargo cuando, para evitar molestar o "herir sensibilidades" -este es otro **eufemismo**- en vez de sustituir una palabra por otra directamente la eliminamos, se está cometiendo un error aún mayor porque su reparación es mucho más difícil. Cuando se elimina una palabra de una lengua se amputa de ella todo el conjunto de significados y emociones vinculados a esa palabra, algo que acontecerá sin duda alguna con el paso de algunas generaciones. Por motivos que todos conocemos y que no es el caso analizar aquí, la sociedad española ha dejado de utilizar algunas de estas palabras procedentes de nuestra rica tradición espiritual pero que, más allá de lo puramente religioso, nombraban y daban cuerpo a toda una serie de gestos y hábitos que, en mi opinión, enriquecen a una sociedad civilizada y, lo que me parece aún más importante, espiritualmente avanzada.

<sup>1</sup> Gn 2,19-20, versión de la Nueva Biblia Española. Trad. dirigida por Luis Alonso SCHÖKEL y Juan MATEOS. Madrid: Cristiandad, 1986. Debido a las diferencias de traducción existentes, en adelante, en cada cita, se mencionará la versión de la Biblia utilizada.

Por eso, agradezco y reivindico la posibilidad de un año consagrado a adquirir la conciencia de que ser creyentes es, sobre todo, ser capaces de poner nuestra vida bajo el amparo divino; al tiempo que dirigir nuestros pasos en el mundo siguiendo esta senda del corazón sencillo, compasivo, sufriente con el dolor de los otros y solidario, ideas que están bajo el paraguas etimológico de este término, misericordia. Al fin y al cabo, la misericordia fue reclamada por Cristo en numerosas ocasiones, como cuando, evocando a Oseas (Os 6,6; Mt 9,13) les pide a los fariseos: "Andad, aprended lo que significa 'Misericordia quiero y no sacrificio'"<sup>2</sup>. Todo un programa de vida para un cristiano que -con frecuencia lo olvidamos- arraiga definitivamente su vida creyente antes que en el Viejo, en el Nuevo Testamento.

Creo y entiendo, por tanto, que hablar de este año como del Año de la Misericordia implica, así, para cada uno de nosotros, situarnos en clave de misericordia, esto es, abrimos en nuestra vida de creyentes a ella mediante la oración, la compasión y la contemplación del mundo en que vivimos.

<sup>2</sup> Mt 9,13. Por el empleo de la palabra misericordia en la traducción, hemos tomado la cita según la Sagrada Biblia, versión oficial de la Conferencia Episcopal Española. Madrid: BAC, 2011. La referencia a Oseas (Os 6,6) en la misma versión nos dice: "Quiero misericordia y no sacrificio./ conocimiento de Dios, más que holocausto", donde la vinculación de la misericordia con el conocimiento de Dios no deja de ser notablemente significativa. Por su parte, la Nueva Biblia Española traduce Mt 9,13 como: "Id mejor a aprender lo que significa 'corazón quiero y no sacrificios'", aun cuando Os 6,6 nos dice: "Porque quiero lealtad, no sacrificios./ conocimiento de Dios, no holocaustos". Finalmente, en la Nueva Biblia de Jerusalén (Bibao: Desclée De Brouwer, 2006) leemos en Mt 9,13: "Id, pues, a aprender qué significa Misericordia quiero que no sacrificio", mientras que Os 6,6 nos dice: "Porque yo quiero amor/ no sacrificio./ conocimiento de Dios/ mejor que holocaustos". Para un acercamiento enriquecedor a la complejidad y riqueza de significados de la idea bíblica de misericordia, véase JUAN PABLO II, Carta encíclica *Dives in misericordia*. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1980.

La Bula de Convocación del Jubileo de la Misericordia, *Misericordiae Vultus*<sup>3</sup>, escrita por el Papa Francisco, comienza, precisamente, aludiendo a ese don divino de la palabra, recordando cómo Dios revela su nombre a Moisés como "Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira, y pródigo en amor y fidelidad"<sup>4</sup>. La Misericordia, continúa diciendo el Papa, "es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro"<sup>5</sup>. Y en ese encuentro con Dios que cita el Papa adquieren sentido las tres dimensiones de la Misericordia que ya he mencionado y a las que me voy a referir, más detalladamente, a continuación.

## 1. La Oración

En primer lugar, hay que considerar la Misericordia como una cualidad divina de un Dios que comprende y perdona; de un Dios predominantemente amoroso que nos lo hace saber a través de Jesucristo. La misericordia es una conducta a la que, por derivación, Jesucristo nos invita para llegar a ser como el Padre. Nos la recuerda Lucas en boca de Jesús: "sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso"<sup>6</sup>.

Es este proceder amoroso de Dios al que los hombres acudimos cuando -sintiéndonos indefensos, pequeños, heridos, rotos, frágiles, enfermos o pecadores- apelamos al Señor mediante la oración. Es la súplica pidiendo de Dios piedad, misericordia. La rezan hermosamente los salmos:

Piedad, Señor, que desfallezco;  
cura, Señor, mis huesos dislocados.  
Tengo el alma en delirio,  
y tú, Señor, ¿hasta cuándo?  
Vuélvete, Señor, pon a salvo mi vida,  
sálvame por tu misericordia.<sup>7</sup>

¿Quién en momentos de dolor no ha sentido la mano de Dios agarrándole y sosteniéndole para evitar su caída? También entibia los labios del ciego Bartimeo, quien ruega a Jesús con fe: "Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí"<sup>8</sup>; y a quien le salva su profunda fe.

En la literatura, cauce estético en que los hombres vertemos nuestros anhelos, preocupaciones y esperanzas, hay señales hermosas de esa oración esperanzada hacia Dios rogándole misericordia y compasión. Escogí como ejemplo, un poema de Luis Rosales, titulado, precisamente, "Misericordia"<sup>9</sup>, aunque solo extraeré algunos pasajes por ser muy largo. Se inicia con una invocación -toda oración comienza con la invocación al Padre-. Escribe así Luis Rosales:

Señor, Señor,  
gravitación de horizontes en sereno equilibrio,  
playa de soledades donde el cielo y el mar fueran estatuas,  
mansedumbre sin voz, hierba de siempre, sosiego de mis ojos,  
escúchame<sup>10</sup>.

Es este un precioso inicio, sin duda alguna, uno de los más hermosos de la poesía española, en el que Luis Rosales busca los nombres con los que dar forma a su amor por el Amor. Y esos nombres totalmente originales, rescatan una mirada que suma la del creyente a la del poeta: gravitación de horizontes en sereno equilibrio. No se puede designar más bellamente a esas manos amorosas en las que se sostiene el mundo que nombrando esa propiedad que anuda la materia, la gravitación, esa fuerza de la física que religa todo, como también lo religa todo la misma fe. Serenidad, equilibrio, playa de soledades o mansedumbre son solo algunas de las menciones líricas con las que busca convocar a un Dios a quien siente profundamente enlazado con el mundo.

"Sosiego de mis ojos", amorosamente añade Luis Rosales. Sosiego, palabra cacofónica que apunta a la paz en el contemplar que tienen aquellos a los que la serenidad interior y la confianza en Dios, les permite sentir el mundo como un cuenco de belleza y no como una cuchilla que lastima.

En el texto, el poeta pide a Dios cosas que podrían parecer insignificantes, pero que tienen una enorme importancia. A veces, en sus ruegos los poetas incluyen súplicas que nos extrañan, pero que tienen una profundidad enorme de sentido, como cuando dice Luis Rosales, "Suprime mi sonrisa, cámbiala por el gozo"<sup>11</sup>. Una petición, esta, que viaja como la velocidad de un relámpago del gesto facial al corazón. El gozo es una felicidad profunda que incluye, además de la alegría, la esperanza, una virtud que nos caracteriza a los cristianos y que, curiosamente, en su tercera acepción en el diccionario académico, -y perdónenme este pequeño inciso derivado de mi deformación profesional- incluye una metáfora preciosa, pues gozo también es, según el diccionario, la "llamarada que levanta la leña menuda y seca cuando se quema"<sup>12</sup>. La verdad es que yo desconocía este sentido de la palabra gozo, pero me gusta mucho que el gozo, al final, también apunte a la luz y al fuego que lo purifica todo y todo lo ilumina.

El poema de Luis Rosales, termina, como no podía ser de otra manera, con la súplica y la conciencia por parte del hombre de su pequeñez. Dice así en su final:

Tú me escuchas, Señor, número tan divino,  
total forma gozosa, presencia sin instante,  
tú haces rodar el sol por la pendiente del día  
y has visto las estrellas abriéndose en el cielo,  
tú que afirmas mis pies en la tierra que pasa,  
tú que has puesto en la angustia de mis labios de hombre  
una sola palabra de temblor aterido;  
todo te lo devuelvo para quedar desnudo  
y ya, sin voz, ante ti, te pido que no apagues  
la hora mansa y la paz de mi entrega absoluta;  
no lloro lo perdido, Señor, nada se pierde;  
oíd, montes, mares, islas:  
gracias, Señor, por esta total nada serena que a mi inquietud le brindas,  
sin un temblor,  
humanamente solo,  
misericordia pido, Señor, misericordia.<sup>13</sup>

## 2. La Compasión

El segundo rostro que he elegido de la Misericordia cruza su sentido con la compasión.

Actualmente y desde fines del siglo pasado ha cobrado importancia entre los occidentales la idea y el concepto de solidaridad. Toda institución, empresa o colectivo hace uso de la solidaridad para sus propios fines. Es evidente que el espíritu solidario es loable, y el mundo de nuestros días se halla falto y necesitado de él para defender numerosas causas justas, pero los creyentes tenemos desde hace siglos una palabra cuyo significado considero que va más allá de la mera solidaridad, y esa palabra es compasión. Además, para las generaciones más jóvenes -incluso de creyentes cristianos- el concepto, como otros procedentes de nuestra tradición creyente, está a punto de dejar de significar algo.

No pocos ciudadanos, creyentes incluso, emplearían *solidaridad* para sustituir conceptos cristianos como el sentimiento de la compasión o la propia virtud de la misericordia y a él nos referimos con frecuencia, pero no son la misma cosa. De hecho, no deja de llamar la atención el modo en el que el diccionario de la Real Academia Española define la *solidaridad* como la "adhesión circunstancial



<sup>11</sup> FRANCISCUS, *Misericordiae Vultus*. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2015. A partir de ahora MV.

<sup>12</sup> MV 1, p. 1.

<sup>13</sup> MV 2, p. 1.

<sup>14</sup> Lc 6,36. La traducción corresponde a la Sagrada Biblia, versión oficial de la Conferencia Episcopal Española, op. cit. En la versión de la Nueva Biblia de Jerusalén, op. cit., podemos leer: "Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo" y, por último, en la Nueva Biblia Española, op. cit.: "Sed generosos como vuestro Padre es generoso".

<sup>15</sup> Sal 8,3-4. Trad. según Nueva Biblia Española.

<sup>16</sup> Mc 10,47. Tanto en este pasaje, como en los similares de Mt 20,30 y Lc 18,38, el término con el que los ciegos se dirigen a Jesús es, siempre, el de compasión.

<sup>17</sup> "Misericordia", poema perteneciente al poemario *Segundo abril*, escrito durante la Guerra Civil pero inédito hasta 1972, Luis ROSALES, *Poesía reunida 1935-1974*. Barcelona: Seix Barral, 1982, pp. 50-54.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 50.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 51.

<sup>20</sup> <http://dle.rae.es/?id=JNbzuz3k>

<sup>21</sup> Luis ROSALES, *Poesía reunida 1935-1974*, op. cit., p. 54.

a la causa o la empresa de otros"<sup>14</sup>, donde tanto el adverbio *circunstancial* como los sustantivos *causa* o *empresa* resultan del todo significativos ante la relativización a la que aluden. Por el contrario, la *misericordia*, definida como "virtud que inclina el ánimo a compadecerse de los sufrimientos y miserias ajenos"<sup>15</sup>, a la vez que centra el tema en los "sufrimientos y miserias ajenos", nos remite a la *compasión*. Esta es, siempre según el DRAE, el "sentimiento de pena, de ternura y de identificación ante los males de alguien"<sup>16</sup>, siendo *identificarse* "llegar a tener las mismas creencias, propósitos, deseos, etc., que otra persona"<sup>17</sup>. O lo que es lo mismo, tener *empatía* con esa persona, con lo que llegaríamos desde el griego, en vez del latín, de nuevo a la *compasión*<sup>18</sup>.

Como hemos visto, en su definición, también la Misericordia expresa esa capacidad humana para compadecerse del sufrimiento ajeno. Es la facultad que tiene el hombre de ser como el Padre, y de igualarse a los que sufren. Es hermoso pensar que la *compasión* y la *identificación* por el sufrimiento de los demás nos viene de habernos sentido nosotros mismos objeto de esa misma *compasión* en nuestros malos momentos, y no solo de una mera "adhesión circunstancial" por nuestra parte a alguien en un momento

dado. El teólogo Jacinto Núñez Regodón, mi compañero en la Universidad Pontificia, ha escrito que: "nuestra misericordia sólo es posible si bebe en la fuente de la misericordia de Dios, el Padre de Jesús, y a imitación del propio Jesús, el misericordioso"<sup>19</sup>. Jesús el misericordioso...

El propio Papa Francisco lo ha manifestado de la siguiente manera:

"La misericordia es divina, tiene más que ver con el juicio sobre nuestro pecado. La composición tiene un rostro más humano. Significa sufrir con... sufrir juntos, no permanecer indiferentes al dolor y al sufrimiento ajenos".<sup>20</sup>

No en vano es la propia misericordia la forma que adopta la *compasión* ante el sufrimiento de los demás en el discurso evangélico de las Bienaventuranzas cuando leemos, en el evangelio de Mateo: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia"<sup>21</sup>. Palabras sobre las que Juan Pablo II se preguntaba si "¿no constituyen en cierto sentido una síntesis de toda la Buena Nueva?"<sup>22</sup>. Y en la bula *Misericordiae Vultus*, con la que el Papa Francisco abrió la convocatoria del Año Jubilar de la Misericordia, afirmaba Francisco que, siendo misericordiosos como el Padre:

"podremos realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea. ¡Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento existen en el mundo hoy!" -continuaba el Papa- "¡Cuántas heridas sellan la carne de muchos que no tienen voz porque su grito se ha debilitado y silenciado a causa de la indiferencia de los pueblos ricos!"<sup>23</sup>

Del mismo modo, no deberíamos poder silenciar nuestra conciencia ante el sufrimiento ajeno. Como escribió el poeta metafísico inglés John Donne hace cuatro siglos, empleando una expresiva alegoría geográfica:

"Nadie es una isla, completo en sí mismo: cada hombre es un pedazo del continente, una parte de la tierra; si el mar se lleva una porción de tierra, toda Europa queda disminuida, como si fuera un promontorio, o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia; la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque estoy ligado a la humanidad; y por consiguiente, nunca hagas preguntar por quién doblan las campanas; doblan por ti"<sup>24</sup>.

Esta es la lección que deberíamos aplicar cada día en los medios de comunicación. Sin embargo, la exigencia de novedad y de cercanía que demandan los planteamientos periodísticos hace que se olviden rápidamente las desgracias y los conflictos que sufren los pueblos más pobres en lugares alejados de nuestra querida y céntrica Europa. De igual modo, con frecuencia los medios afrontan conflictos humanos con infinita distancia, como si fueran analistas sociológicos, dejando de lado el rostro más humano del suceso. Lo vivimos cada día en el caso, por ejemplo, de los emigrantes, ante cuyas muertes cotidianas, ya casi ni nos inmutamos. Hemos convertido al hombre en un número. Y hemos olvidado nuestra historia, la historia de los padres de nuestros padres que fueron necesariamente emigrantes y a los que hoy les debemos el estar aquí.

También este dolor tiene en la poesía su gesto ácido. En un precioso poema, titulado "Antepasados"<sup>25</sup>, Juan Carlos Mestre nos recuerda el rostro verdadero de aquellos que, recorriendo los caminos del hambre y del dolor, buscaron para nosotros una existencia mejor. En el fondo, cualquier emigrante es, en realidad, TODOS los emigrantes que ha habido y habrá a lo largo de la historia de nuestra especie.

<sup>14</sup> <http://dle.rae.es/?id=YIB84sx>

<sup>15</sup> <http://dle.rae.es/?id=PO8YsZ>

<sup>16</sup> <http://dle.rae.es/?id=9zruVbj>

<sup>17</sup> <http://dle.rae.es/?id=KtptfgV>

<sup>18</sup> <http://dle.rae.es/?id=EmzYXHW>

<sup>19</sup> Jacinto NÚÑEZ REGODÓN, "Jesús, rostro de la misericordia del Padre", conferencia inédita, archivo de Word, p. 9 de 11.

<sup>20</sup> PAPA FRANCISCO, "Misericordia y compasión", capítulo VIII, *El nombre de Dios es Misericordia. Una conversación con Andrea Tornielli*. Barcelona: Planeta, 2016.

<sup>21</sup> Mt 5,7. La traducción es idéntica tanto en la Nueva Biblia de Jerusalén, op. cit., como en la Sagrada Biblia, op. cit.

<sup>22</sup> JUAN PABLO II, *Carta encíclica Dives in misericordia*. Op. cit., p. 17.

<sup>23</sup> MV, 15, pp. 8-9.

<sup>24</sup> John DONNE, "Meditación XVII" de la obra *Devotions Upon Emergent Occasions*. Tomado de Ernst HEMINGWAY, *Por quién doblan las campanas*. Trad. de Lola Aguado. Barcelona: Planeta / Mundo Actual de Ediciones, 1983, p. 7.

<sup>25</sup> Juan Carlos MESTRE, *Antifona del otoño en el Valle del Bierzo*. Madrid: Calambur, 2003, pp. 7-8.

Mis antepasados inventaron la Vía Láctea,  
dieron a esa intemperie el nombre  
de la necesidad,  
al hambre le llamaron muralla del  
hambre,  
a la pobreza le pusieron el  
nombre de todo lo que no es  
extraño a la pobreza.  
Poco es lo que puede hacer un  
hombre con el pensamiento del  
hambre,  
apenas dibujar un pez en el polvo  
de los caminos,  
apenas atravesar el mar en una  
cruz de palo.

Mis antepasados cruzaron el mar  
sobre una cruz de palo,  
pero no pidieron audiencia,  
así que vagaron por los legajos  
como los erizos y los lagartos vagan por los senderos de las aldeas.

Y llegaron a los arenales,  
en los arenales la tierra es brillante como escamas de pez,  
la vida en los arenales sólo tiene largos días de lluvia y luego largos  
días de viento.

Poco es lo que puede hacer un hombre que solo ha tenido en la vida  
estas cosas,  
apenas quedarse dormido recostado en el pensamiento del hambre  
mientras oye la conversación de los gorriones en el granero,  
apenas sembrar leña de flor en la sábana de los huertos,  
andar descalzo sobre la tierra brillante  
y no enterrar en ella a sus hijos.

Mis antepasados inventaron la Vía Láctea,  
dieron a esa intemperie el nombre de la necesidad,  
atravesaron el mar sobre una cruz de palo.  
Entonces pusieron nombre al hambre para que el amo del hombre  
se llamara dueño de la casa del hombre  
y vagaron por los caminos  
como los erizos y los lagartos vagan por los senderos de las aldeas.

Poco es lo que puede hacer un hombre con las migas de la piedad,  
comer pan mojado los días de lluvia o los que luego seguirán largos  
días de viento  
y hablar de la necesidad,  
hablar de la necesidad como se habla en las aldeas  
de todas las cosas pequeñas que se pueden envolver con cuidado en  
un pañuelo.

Fíjense ustedes en el final del poema: "Hablar de la necesidad como se habla  
en las aldeas de todas las cosas pequeñas que se pueden envolver con cuida-  
do en un pañuelo". Hay pocas finales en nuestra poesía tan intensos como  
éste. Ante él una se sitúa en el espacio de la fragilidad de lo cotidiano. Esa fra-  
se: "[...] las cosas pequeñas que se pueden envolver con cuidado en un pañue-  
lo", nos recuerda a esas mujeres, abuelas o madres, que cuando algún objeto  
precioso (pendientes, collares, algún objeto heredado...) se rompía, guardaban



Foto: APJ Sans Palacios

las cuentas cuidadosamente en aquellos pañue-  
los bordados, que dejaban luego amorosamen-  
te debajo de la ropa en los cajones. Es esta una  
metáfora delicada que apunta a la fragilidad de  
la vida pequeña de los que emigran, —qué es el  
hatillo al fin y al cabo sino un pañuelo que  
guarda la más preciada posesión— cuentas y  
perlas humanas a las que, en las pateras, se lle-  
va el mar y que, en muchos casos, ni siquiera  
dejan un pequeño cuerpo para guardar con cui-  
dado, y también con mucha culpa.

La situación del mundo actual resulta especial-  
mente válida para poner en práctica nuestra  
práctica de la compasión con el que sufre. Una  
vez más, es el Papa Francisco quien, en esta  
dirección, escribe que:

"Jesús no mira la realidad desde fuera,  
sin dejarse arañar, como si sacara una  
fotografía. Se deja implicar. De esta  
compasión necesitamos hoy para vencer  
la globalización".<sup>26</sup>

Y precisamente lo dice a partir de comentar el  
encuentro de Jesús con la viuda de Nain, mujer  
que llora la muerte de su hijo y que —en pala-  
bras de Lucas— "al verla, el Señor se compade-  
ció de ella"<sup>27</sup>. Lo que quiero resaltar ahora es  
que el verbo griego que emplea Lucas en esta  
ocasión para indicar esa compasión que siente

<sup>26</sup> PAPA FRANCISCO, "Misericordia y com-  
pasión", capítulo VIII de *El nombre de Dios  
es Misericordia*, op. cit.

<sup>27</sup> Lc 7,13, en versión de la Nueva Biblia de  
Jerusalén, op. cit., o de la Sagrada Biblia, op.  
cit.



Jesús en el momento de verla llorar es una forma (*splanchnizomai*), que –nos dice Francisco de nuevo– “deriva de la palabra que indica las vísceras o el útero materno. [...] es un amor visceral”<sup>28</sup>. ¡Qué lejos estamos hoy muchos creyentes de compadecernos de semejante manera ante quienes sufren a la puerta de nuestras casas, en nuestras costas, junto a nuestras fronteras!

<sup>28</sup> PAPA FRANCISCO, “Misericordia y compasión”, capítulo VIII de *El nombre de Dios es Misericordia*, op. cit.

<sup>29</sup> JUAN PABLO II, Carta encíclica *Dives in misericordia*, op. cit.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 2.

<sup>31</sup> Juan de la CRUZ, *Cántico espiritual y poesía completa*. Ed. de Paola Elia y María Jesús Mancho. Barcelona: Crítica, 2002.

<sup>32</sup> Juan de la CRUZ, *Cántico espiritual*, op. cit., pp. 10-11.

<sup>33</sup> *Ibidem*, pp. 20-21.

### 3. La Contemplación

Mi tercer rostro de la misericordia deriva de la interpretación etimológica de la palabra Misericordia como la cualidad que hace ser al corazón pequeño y sencillo, capaz de escuchar la verdad de las cosas, y su rostro más auténtico.

Escribe Juan Pablo II, en su encíclica *Dives in Misericordia*<sup>29</sup>, sobre la Misericordia divina, que:

Dios que habita una luz inaccesible, habla a la vez al hombre con el lenguaje de todo el cosmos [...] Este conocimiento indirecto e imperfecto, obra del entendimiento que busca a Dios por medio de las criaturas a través del mundo visible no es aún visión del Padre.<sup>30</sup>

Este modo de misericordia de un Dios que habla al hombre a través de la grandiosidad de su creación se alcanza por parte del hombre en la contemplación. Es la experiencia de los místicos, y en menor medida, la de los poetas. En este contexto hay que recalcar, sin duda alguna, en el poeta por antonomasia, en el místico San Juan de la Cruz, quien en su *Cántico Espiritual*<sup>31</sup> buscaba al Amado entre los bosques y las espesuras. Les pregunta a estos por la razón de su anhelo:

¡Oh, bosques y espesuras,  
plantadas por la mano del Amado!  
¡Oh, prado de verduras,  
de flores esmaltado!  
decid si por vosotros ha pasado

(Respuesta de las criaturas)  
Mil gracias derramando,  
pasó por estos sotos con presura,  
e, yéndolos mirando,  
con sola su figura  
vestidos los dejó de hermosura.<sup>32</sup>

Nunca hubo una pérdida más hermosa, ni una búsqueda más pródiga. Una pregunta ansiosa inicia el discurrir del canto (¿Adónde te escondiste Amado?). El Amado se esconde en las criaturas, y por eso la esposa sale a buscarlo en ellas, reconociendo que las gracias que estas poseen proceden de esa Mano con mayúscula. Los místicos han evocado habitualmente la belleza ultraterrena en términos de la belleza mundana. Continúa San Juan de la Cruz, tras la unión transformante en el Amado:

Mi amado, los montañas,  
los valles solitarios nemorosos,  
las islas extrañas,  
los ríos sonorosos,  
el silbo de los aires amorosos,  
la noche sosegada,  
en par de los levantes de la aurora,  
la música callada,  
la soledad sonora,  
la cena que recrea y enamora.<sup>33</sup>

Pocas veces la ausencia de un verbo (mi amado, las montañas) ha sido tan intuitivamente expresiva. Una ausencia verbal que identifica plenamente Amado y mundo en una sucesión de frases nominales en vertiginosa cascada. El Amado no es “como las montañas”, sino que es plenamente las montañas y los valles y las islas, y los ríos y el silbo de los aires... La vida hermosa en la

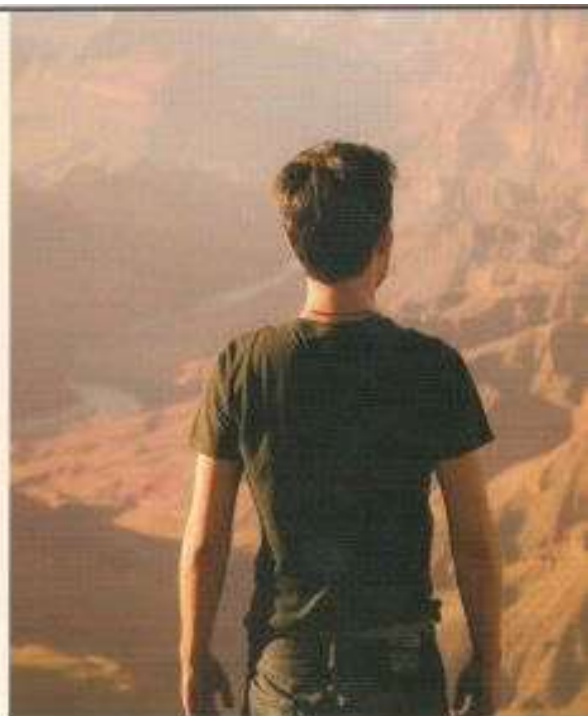
tierra apunta así a otra vida más hermosa que nos esperará después de esta. También en ella pensó este "medio fraile", como cariñosamente le llamaba Santa Teresa. Él dejó escrito –y por ello le menciona el Papa Francisco en *Misericordia Vultus*– aquello tan hermoso que sólo él pudo cantar: "En el caso de nuestras vidas, seremos juzgados en el amor"<sup>34</sup>.

Juzgados en el amor... Como creyentes sabemos, –nos lo recuerda el Papa Francisco– que:

Dios va más allá de la justicia con la misericordia y el perdón. [...] Quien se equivoca deberá expiar la pena. Solo que éste no es el fin, sino el inicio de la conversión, porque se experimenta la ternura del perdón.<sup>35</sup>

En este sentido hay que recordar también la respuesta que Dios le da a Job cuando este le pide ayuda, una réplica de Dios que suele pasar desapercibida cuando se habla del *Libro de Job*, crea ya que por la tendencia que tenemos culturalmente a hacer hincapié en la entereza del hombre ante el dolor, en lugar de en el regalo que Dios deservuelve al final de este libro ante nuestros ojos para que lo disfrutemos. Dios le responde a Job de esta manera, desplegando ante él las maravillas de su creación:

¿Dónde estabas cuándo cimenté la tierra?  
Dímelo, si es que sabes tanto,  
¿Quién señaló sus dimensiones? –si lo sabes–,  
¿o quién le aplicó la cinta de medir?  
¿Dónde encaja su basamento  
o quién asentó su piedra angular  
entre la aclamación unánime de los astros de la mañana  
y los vitores de los ángeles?  
¿Quién cerró el mar con una puerta  
cuando salía impetuoso del seno materno,  
cuando le puse nubes por mantillas  
y niebla por pañales,  
cuando le impuse un límite  
con puertas y cerrojos,  
y le dije: "Hasta aquí llegarás y no pasarás;  
aquí se romperá la arrogancia de tus alas"?  
[...]  
¿Has entrado por los hondoneros del mar  
o paseado por la hondura del océano?  
[...]  
¿Tiene padre la lluvia?  
¿quién engendra las gotas del rocío?  
¿de qué seno salen los hielos?  
¿quién engendra la escarcha del cielo  
para que se endurezca el agua como piedra  
y se cierre la superficie del lago?  
[...]  
¿Quién cuenta sabiamente las nubes  
y quien vuelca los cántaros del cielo  
cuando el polvo se funde en una masa  
y los terrones se amalgaman?  
¿le cazas tú la presa a la leona  
o sacias el hambre de sus cachorros,  
cuando se encogen en la guarida  
o se agazapan al acecho en la maleza?  
¿Quién provee al cuervo de sustento  
cuando chillan sus pollitos alocados por el hambre? [...] <sup>36</sup>



Y así sigue Dios abriendo el abanico de su belleza –y les animo a que lean con calma el pasaje completo cada uno individualmente– ante un hombre que, como nosotros hoy, debió de quedarse pasmado ante tal respuesta y que, tras ella, no pudo sino rendirse humilde: "Te conocía solo de oídas/ ahora te han visto mis ojos"<sup>37</sup>. Y fíjense que dice "te han visto mis ojos" y no lo que sería esperable "te han escuchado mis oídos". Esto es así porque, ante la descripción de un paisaje tan grandiosamente hermoso, quien escucha no puede sino activar vivamente su mirar interior. No en vano en muchas culturas el ojo es símbolo de un mirar superior. Sin duda alguna, el redactor del Libro de Job era un gran poeta y también, con toda probabilidad, una persona espiritualmente profunda.

Asimismo hay Misericordia en esta experiencia de poder caminar tranquilos por el mundo y disfrutar de las maravillas de la creación, como si fuéramos aves que, tras batir esforzadamente las alas, se dejan acunar por el ritmo del viento, ligeras y confiadas, en las manos del Padre. Es la creación el regalo de un Dios que nos ama; nos cuida y alimenta nuestro contemplar con la belleza para que podamos disfrutar de una fuente de felicidad que apunta a su gracia y a nuestro agradecimiento.

<sup>34</sup> MV 15, p. 9.

<sup>35</sup> MV 22, p. 14.

<sup>36</sup> Jb 38.

<sup>37</sup> Jb 42,5.



## LA MISERICORDIA, EL GESTO MÁS HUMANO DE LA REALIDAD

Es una experiencia sencilla y cercana, al alcance de la mano de cualquiera a poco que estiremos los ojos y el corazón, y que también tiene su hueco en la poesía aunque a los creyentes nos suena a algo que conocemos, algo que hemos leído en otra parte. La canta Eloy Sánchez Rosillo en su poema titulado, como no podía ser de otra manera, "La luz"<sup>39</sup>. Evocando el Génesis y toda la creación como fruto de la misericordia, Jacinto Núñez Regodón nos recuerda que la creación de la luz

no es una obra más. Es la obra primera, la obra por excelencia, pues Dios es luz, [y siéndolo, en la creación] se ha dado a sí mismo, se ha entregado él y, por eso, la creación es autodonación. Sí, el mundo es donación de Dios, que se entrega.<sup>40</sup>

Con esta idea presente, sintiendo la misericordia del Señor en la contemplación confiada de lo por Él creado, escuchamos a Eloy Sánchez Rosillo en su poema "La luz":

No se puede prever. Sucede siempre  
cuando menos lo esperas. Puede pasar que vayas  
por la calle, deprisa, porque se te hace tarde  
para echar una carta en correos, o que  
te encuentres en tu casa por la noche, leyendo  
un libro que no acaba de convencerte; puede  
acontecer también que sea verano  
y que te hayas sentado en la terraza  
de una cafetería, o que sea invierno y llueva  
y te duelan los huesos; que estés triste o cansado,  
que tengas treinta años o que tengas sesenta.  
Resulta imprevisible: Nunca sabes  
cuándo ni cómo ocurrirá.

Transcurre  
tu vida igual que ayer, común y cotidiana.  
"Un día más", te dices. Y de pronto,  
se desata una luz poderosísima  
en tu interior, y dejas de ser el hombre que eras  
hace sólo un momento. El mundo, ahora,  
es para ti distinto. Se dilata  
mágicamente el tiempo, como en aquellos días  
tan largos de la infancia, y respiras al margen  
de su oscuro fluir y de su daño.  
Praderas del presente, por las que vogas libre  
de cuidados y culpas. Una acuidad insólita  
te habita el ser: todo está claro, todo  
ocupa su lugar, todo coincide, y tú,  
sin lucha, lo comprendes.

Tal vez dura  
un instante el milagro; después las cosas vuelven  
a ser como eran antes de que esa luz te diera  
tanta verdad, tanta misericordia.  
Mas te sientes conforme, limpio, feliz, salvado,  
lleno de gratitud. Y cantas, cantas.

Pues con esta canción, casi casi profecía, termino mi intervención esta mañana invitándoos a vivir intensamente esta triple dimensión de la Misericordia concretada en la oración, en la compasión y en la contemplación confiada y agradecida. Que las viváis profundamente y que, a partir de este año precioso de la Misericordia, ella dirija e ilumine el resto de vuestra vida.

Escribe en este sentido el Papa Francisco, refiriéndose a esta dimensión de la Misericordia de Dios, que

Él no se limita a afirmar su amor, sino que lo hace visible y tangible [...]. Él se siente responsable, es decir, desea nuestro bien y quiere vernos felices, colmados de alegría y serenos<sup>38</sup>.

Vivimos en un mundo de prisas y de agobios que no favorece la respiración creyente y la mirada profunda y agradecida sobre la realidad. Pero todo nuestro mundo apunta a su creador y deberíamos sosegar un poco nuestro tiempo para poder nombrarle en plegaria silente cada día. Disfrutar también como cristianos de toda esta hermosura que nos rodea, ahora más que nunca en esta primavera preciosa y florecida, y que nos nombra permanentemente nuestro destino: el esplendor pascual que aún nos impregna, horizonte que debería llenar de gozo nuestra vida.

<sup>38</sup> MV 9, p. 6.

<sup>39</sup> Eloy SÁNCHEZ ROSILLO, *Hilo de oro*, (Antología poética, 1974-2011). Ed. de José Luis Morante. Madrid: Cátedra, 2014, pp. 235-236.

<sup>40</sup> Jacinto NÚÑEZ REGODÓN, "Jesús, rostro de la misericordia del Padre", archivo de Word, p. 3 de 11.